
El inocente



Seix Barral Biblioteca Formentor

Marco Franzoso

El inocente

Título original: *L'innocente*

Marco Franzoso

© 2018 Mondadori Libri S.p.A., Milano

Traducción: Estela Peña Molatore

Derechos reservados

© 2020, Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V.

Bajo el sello editorial SEIX BARRAL M.R.

Avenida Presidente Masarik núm. 111,

Piso 2, Polanco V Sección, Miguel Hidalgo

C.P. 11560, Ciudad de México

www.planetadelibros.com.mx

Diseño de portada: Planeta Arte & Diseño / Christophe Prehu

Fotografía de portada: © iStock

Fotografía del autor: © Alessia Zennaro

Primera edición en formato epub: septiembre de 2020

ISBN: 978-607-07-6769-2

Primera edición impresa en México: septiembre de 2020

ISBN: 978-607-07-6749-4

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal de Derechos de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal).

Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra diríjase al CeMPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, <http://www.cempro.org.mx>).

Impreso en los talleres de Litográfica Ingramex, S.A. de C.V.

Centeno núm. 162, colonia Granjas Esmeralda, Ciudad de México

Impreso y hecho en México – *Printed and made in Mexico*

1

En la oscuridad las manecillas del reloj parecían dos pequeñas lucecitas de neón que iluminaban las abejas y las golondrinas dibujadas en la carátula del despertador. Matteo apretó la almohada con las manos y hundió en ella la cabeza. Tic.

Cerró los ojos y contó los segundos. Cuatro. Cinco. Dieciséis. Volvió a abrirlos para ver el momento preciso en que el minutero avanzaba, pero, como siempre, había esperado demasiado y el pequeño neón fosforescente ahora estaba detenido allí, más arriba, de nuevo inmóvil. Era un juego que hacía con su padre. Tac.

Matteo nunca había podido captar ese movimiento, pero desde hacía tiempo aprendió a no lamentarse porque en la vida de nada servía, tal como

le había enseñado su padre. Cuando era pequeño, él le decía que no había tiempo para lamentarse o para tomárselo a pecho, que los niños de entonces eran más despiertos y no existían estas comodidades que arruinan la vida de la gente. «Tenías que arreglártelas como pudieras, tal cual, de lo contrario era tu problema», le repetía. «Estamos en plena guerra, viejo, es mejor que te espabiles». Tic.

A menudo, después de decir esa frase, se detenía. Si estaba fumando, inhalaba una larga bocanada y retenía el humo, y si estaba de pie, alzaba la vista y miraba a lo lejos, al horizonte, como si pensara en algo muy profundo. Se acercaba a Matteo y se arrodillaba, tomándose el tiempo para dar peso a lo que estaba a punto de decir. Se masajeara la frente y volvía a comenzar, con calma, con uno de sus proverbios. Tac.

«Acuérdate, Matteo», decía, «en la vida, tres cosas son importantes». De nuevo se detenía, apoyaba una mano sobre su hombro y le daba un apretón para hacerle saber que lo amaba, y que esas eran las enseñanzas fundamentales de un padre. «Tres cosas, ¿entiendes? Medir, cavar y luego olvidar».

Su padre había crecido con estas cosas y Matteo tenía que crecer también con ellas. Tic. Cuántas veces se las había repetido. Escuchaba su cálida y reconfortante voz que lo tranquilizaba, incluso ahora que,

agotado el tiempo de las reflexiones y las dudas, había llegado el momento de ponerlas en práctica.

Sobre todo, la última le serviría esa mañana. Tac.

Matteo les daba vueltas a esas ideas, no del todo despierto aún. Esa palabra flotaba en su cabeza, como en una burbuja de cristal. Flotaba en el aire, era un ser vivo, elástico, una especie de serpiente de goma.

Tic. Otros segundos. Quince, veinte, ¿quién podía decirlo? Tac.

Aflojó la presión sobre la almohada y entrecerró los ojos, mirando el despertador, mientras la burbuja suspendida sobre su cabeza continuaba ondulando hasta que terminó por disolverse.

Tic. Otro avance de la manecilla que se había perdido. Y otro más. Tac. Esa mañana no podía concentrarse. Un tercer movimiento perdido.

Nuevos movimientos de las manecillas, que no contó a causa de los últimos sueños nocturnos, breves imágenes aisladas que irrumpían y se fusionaban unas con otras. En un momento estaba al lado de su padre, que pescaba en pantaloncillos de fútbol en las pozas alimentadas por el agua de la corriente; un instante después, en la cocina de casa donde su madre, frente a la estufa, le hablaba en voz muy baja.

Finalmente —tic— desaparecieron su madre, su padre y todo se borró. Matteo se encontró tendido

en la cama, con la funda de algodón de la almohada humedecida por un hilillo de saliva que escurría de la comisura de su boca y los ojos fijos en la oscuridad.

Tac.

Se preguntó quién podría ayudarlo, pero antes de encontrar una respuesta lo asaltó un agudo dolor estomacal al que reaccionó apretando labios y dientes.

En los últimos tiempos, los cólicos se habían vuelto intolerables y cada vez sentía que le arrancaban algo y lo dejaban sin aliento.

Pensaba en lo que sucedería unas horas más tarde, en un edificio común de la ciudad, entre extraños que lo tratarían con mucho cuidado a pesar de no saber nada de él.

Pero, como le había dicho su padre, de nada servía darle tantas vueltas. No, pensar nunca servía. Sus pensamientos no lo ayudarían ni lo defenderían. Tic.

Se lo repetía mientras el dolor de estómago cedía y la fosforescencia de las manecillas del reloj se apagaba, absorbida por la luz que entraba por la puerta que se abría.

La interrupción violenta de la realidad en su vida.

Tac.

Su madre, precisamente ahora. La última persona a la que deseaba ver.

Tic.

No le quedaba más que aferrarse a los últimos segundos libres, imaginar, con los ojos cerrados, que estaba solo, y arrancar esos instantes de tiempo que le quedaban para él y nada más.

Matteo se concentró más todavía. El dolor de estómago había desaparecido casi por completo y ahora se trataba de contener la respiración y fingir que dormía. Tac.

Y después, sobre todo, olvidar. Su padre tenía razón.

Olvidar, claro, solo eso, mientras que las manecillas perdían su mágica luminiscencia y volvían a ser dos piezas de plástico inmóviles, como los números en la carátula.

Tic.

2

—Matteo —lo llamó su madre. Se sentó al borde de la cama, acariciándole el cabello. Tal vez ella también necesitaba darles vueltas a las ideas y ese era el momento. En las otras mañanas no había tiempo, demasiadas actividades, el desayuno, Clarissa, ordenar la cocina, secar los platos, limpiar la mesa.

—¿Estás despierto? —continuó. No estaba resfriada, su voz era nasal porque había llorado. Desde que su padre murió, bastaba con que hubiera un plato fuera de lugar o que una olla no entrara en el lavavajillas para hacerla llorar.

Con trabajo se puso de pie, atravesó la recámara y subió un poco las persianas. Después regresó a la cama.

—Matteo, querido. —Suspiró. Ahora sollozaba, con la respiración entrecortada y jadeante. Era por

debilidad, pero una debilidad diferente a la suya, más por una sensación de no sentirse a la altura que por vergüenza—. Matteo, no tengas miedo. Santo Dios, ¿de qué estoy hablando? Pero nosotros dos... nosotros tenemos que estar unidos. Si viviera tu padre...

En esos días, todo el tiempo repetía los mismos fragmentos de la frase, como si no pudiera terminarla o como si la frase antecedente hubiera cortado el final de la precedente.

No había solución o tal vez no había nada que decir, nada que concluir, y esa era su forma de tranquilizarse más que de hablar con él.

Matteo no se movió. Su respiración aún era profunda, como si estuviera sumergido en el sueño.

—Es decir... —retomó el discurso, pero de inmediato se detuvo. Tal vez había visto algo, tal vez esa mañana sí quería decirle algo a su hijo, las importantes palabras que toda madre diría en ocasiones como esa—. Es decir..., es solo que... Cuántas veces... Sé que tú..., pero yo... A veces no sé si me comprendes. Nunca he sido buena hablando, pero... Yo... Virgen santísima, si miro hacia atrás...

Acomodó la almohada sobre su cabeza.

—Matteo, esto terminará dentro de poco; anda, levántate, que se hace tarde. Sé que estás despierto.

Por fin una frase completa, lo había logrado. Una afirmación completa para tranquilizarlo, como

lo haría cualquier madre. Iba a continuar, pero un grito agudo y chillón la interrumpió.

—Ay, Dios, ya despertó —murmuró, aparentemente contrariada, pero tal vez aliviada por haber terminado algo, una frase sensata, y por no tener que continuarla—. Matteo, ¿alguna vez tendremos tiempo para ti y para mí? Nos bastaría un segundo. ¿Qué le voy a hacer? —Allí estaba, su madre, al descubrirlo por el grito de Clarissa—. Matteo —continuó, se levantó y se acomodó el cabello—, no podemos llegar tarde, te lo suplico; al menos tú.

Se detuvo en el marco de la puerta.

—Te espero, Changuito —hablaba con un hilo de voz.

Se sorbió los mocos y salió.

Matteo se relajó al escuchar el ruido sordo de sus pasos en la escalera y se permitió respirar profundamente.

Changuito, ¿hacía cuánto que no le decía así? Años quizás, y ahora esa palabra sonaba como un secreto añejo, de cuando entre ellos había una relación especial y él era su Changuito. Qué hermoso, pasaban todo el tiempo juntos. Lo subía a la bicicleta e iban juntos a hacer las compras, o lo tenía cerca mientras cocinaba, o, cuando tendía la ropa, él la ayudaba con las pinzas.

En cambio, últimamente le parecía que aprovechaba cualquier pretexto para mantenerse alejada y,

en esa ocasión, el llanto de Clarissa representaba una especie de liberación para su madre, un paréntesis entre un hijo y el otro, una pausa para sí misma, la única pausa que se concedía. La posibilidad de dejarse llevar sin que nadie la viera, desahogarse y llorar. Entonces lloraba. Hasta cuando lavaba los platos y hacía la limpieza o mientras vestía a Clarissa. Lloraba de espaldas, concentrada en la estufa; lloraba cuando se esforzaba para sacar algo de la despensa. Aprovechaba para llorar siempre que podía, por una causa o sin ella.

A veces, cuando el dolor era insoportable, se avergonzaba y se escabullía para esconderse en el baño, donde sus sollozos atravesaban la puerta, disimulados por el chorro de agua de la llave o por la descarga del inodoro. Era un llanto *opaco*, se decía Matteo, e imaginaba que lloraba sentada en la taza del escusado, tapándose la boca con la toalla. Le parecía que podía verla, en esa posición encorvada, y trataba de comprender el porqué. A diferencia de su madre, él nunca había llorado, ni siquiera cuando murió papá.

Otro retorcijón, pero esta vez menos intenso. Matteo se apretó el estómago con las manos y fijó los ojos en el despertador con forma de tractor que le había regalado su padre.